

Páginas Ilustradas

REVISTA QUINCENAL

SAN JOSÉ,
1.º de Diciembre 1909



Director y propietario,
PRÓSPERO CALDERÓN

LA LUNA

Para PÁGINAS ILUSTRADAS

Á Rubén Mogollón Carrizosa

La luna es lo más bello de todo cuanto existe,
de todo cuanto bulle bajo el turquino velo;
la luna es un querube que vaga por el cielo
y vaga siempre mustio, desconsolado y triste.

Yo guardo en la maleza que mi destino viste
una ilusión tan blanca como la luna; el cielo
es el mejor testigo de mi implacable duelo,
y yo amo al cielo... y lo amo porque su luna es triste.

La luna encarna un símbolo de misterioso encanto;
bajo la paz del éter la luna finge un canto
del inmortal poema de la Melancolía.

Y en las noches vernaes, cuando su luz es plena,
al verla tan exangüe, tan blanca, tan serena,
me digo: ella es el alma de un Sol: la Poësía.

F. RESTREPO GÓMEZ

Bogotá, 1909.

Páginas Ilustradas

Revista Quincenal de Ciencias, Artes y Literatura

Director: PRÓSPERO CALDERÓN

La suscripción vale un colón por cada dos números.

La colaboración es estrictamente solicitada.

No se devuelven originales.

CUERPO DE REDACCION

Sección científica

Dr. Gustavo Michaud

Don J. Fidel Tristán

Don Anastasio Alfaro

Sección literaria

Don Daniel Ureña

Don L. Fernández Guardia

Don Lisímaco Chavarría

Don Félix F. Ndiraga

Crítica literaria

Don José Fabio Garnier

Sección europea

Dr. Teodoro Picado (Calibán)

Corresponsal en Barcelona

Don César Nieto

Corresponsal en Bogotá

Don F. Restrepo Gómez

Colaboradores fotográficos

Don H. N. Rudd Sres. Paynter Bros.

Don Félix Robert Dr. G. Michaud

Don Fernando Zamora

Fotógrafo

Don Próspero Calderón

De quince días á esta parte

Una mañana de esas que nos estuvo obsequiando la estación primaveral, dirigíme, llevado por la eterna curiosidad que habita en mí, al taller improvisado por Juan Ramón Bonilla en una sección de la Escuela de Bellas Artes. Entré. Advierto que no había tratado hasta ese momento al famoso escultor. La presentación me fué hecha por otro artista en campo diferente, gran amigo, buen corazón. Un lírico; me refiero á Lisímaco Chavarría. Bonilla

trabajaba en ese instante con las dos herramientas que, si fuéramos á hacerle caso á los poetas, constituyen los principales instrumentos de la escultura: el cincel y el martillo. Desde Fidias hasta nosotros, ¿cuál es la representación en mármol que no trae al artífice de pie con el cincel apoyado sobre el duro bloque agreste mientras el maso se encuentra en actitud de golpear? A las primeras palabras cruzadas con Bonilla, adiviné la ingenuidad y sinceridad de su alma. Complaciente en extremo, fué uno á uno descubriéndome todos sus trabajos últimos. Ha modelado hasta hoy aquí el busto del ex-Presidente don Juan Rafael Mora, trabajo magnífico exhibido durante algunos días en la ventana de un almacén. Ha modelado el de la señora Dolores J. v. de Sancho, matrona distinguida de Cartago, á cuyos auspicios generosos se levantó un templo de caridad para la niñez desvalida. También el busto de don León Fernández, para colocarlo en la tumba de este egregio varón, cuyos restos se hallan en la ciudad de Alajuela; y por último, y aunque os parezca extraño, el busto del poeta francés Paul Verlaine. No estoy hablando aquí sino del escultor. Y así es necesario que os diga: sus trabajos marcarán entre nosotros la huella de un genial artista que sólo estuvo en su Patria con el objeto de hacernos repetir una vez más, entre los millones de veces, la consabida expresión del Predicador de Galilea: Nadie es profeta en su tierra. Porque Bonilla se irá dentro de poco, y nosotros nos alegramos de que se vaya. El sabe por qué se lo decimos.

Hablaré aún de las fiestas.—Parece como si todo el mundo se formara un día el firme propósito de contribuir al más brillante éxito de las anuales diversiones. Ha triunfado últimamente la idea sugerida por *La Información*, de elegir por votos ex-

presados en cupones, una Reina de la Fiesta con damas de honor, que presida el carnaval, los juegos deportivos y las corridas de toros. Habrá, a lo que parece, una Reina cada día, según los votos que se emitan. O sólo una Reina para los cuatro días, como resulte la del primero favorecida por el sufragio a ese efecto. Preciosa idea. ¿No sería el caso de investir a la delicada Reina con poderes, y oír su voto en el tribunal del corso? Sobre todo me gusta el empleo de los fondos producto de la venta de cupones. Se va a obsesionar una fiesta a los huérfanos. A comprar cupones, gentes caritativas, a engrosar esa suma para de ese modo llenar el platillo de los pobres, ya que la moneda colocada en él, suena en la tierra, y repercute en el cielo, como dijo alguno.

Decididamente el Club Sport La Libertad constituye entre nosotros el centro deportivo de mayor importancia. Años de vida cuenta ya. Años de infatigable empeño en el desarrollo de las fuerzas físicas, y al mismo tiempo en el cultivo de las faenas intelectuales. Una sola fiesta no ha verificado ese Club, sin que al culto de Hércules no vaya unido el de Minerva y Apolo. Así lo dicen siempre las tarjetas con que invitan al público a las fiestas de aniversario de su fundación. La del cuarto año, verificada el sábado 13 de noviembre resultó preciosa. Tomaron parte en la velada los intelectuales don Alberto Rudín y don Lisímaco Chavarría; aquél, exponiendo una interesante conferencia científica; éste, recitando bellos poemas de su inagotable musa. Se invitó al público para presenciar un match que fué jugado en La Sabana el domingo 14 a las nueve de la mañana. Prosigan los estimables jóvenes en su empeño. Ante todo no desmayar. La buena organización de ese centro habrá de producirles cuantiosos buenos frutos en el mañana.

Un domingo de estos domingos de San José, aburridos, tediosos de monotonía, insoportables de calor y polvo, al pasar por frente a una casa de alto, oí que en las ondas del aire venían flotando misteriosas notas de una orquesta. Entré. No le pedí permiso a nadie. Estaba en la Escuela de Música; mi exabrupta llegada sorprendió al maestro Vargas Calvo, quien, no obstante, acercóse a mí con su amable continente peculiar. No esperó mi pregunta de curioso. Díjome: preparo una orquesta. Sentados en sendos bancos, jóvenes, algunos de ellos de castaña cabellera, afinaban sus violines, daban pez a sus arcos, componían las llaves de sus flautas. Luego un silencio; luego la batuta que cual un signo de advertencia se levantó en el aire, rasgó en él cuatro compases, é hizo, al caer el quinto, el milagro de Moisés al golpear con su vara la estéril roca: que el silencio se convirtiese en lluvia de armonías tremolantes, pausadas, cadenciosas. Dichosos quienes pueden así entretener las horas de estos domingos de San José, aburridos, tediosos de monotonía.

Hace poco estuve hojeando el último número de la preciosa revista *Ariel*, publicada por Joaquín García Monje. Confesemos que no son muchos los caracteres luchadores chapados a lo García Monje. Fuerza de voluntad, paciencia y talento. No se hallan todos los días esas virtudes que adornan al profesor de Castellano. Cualquiera apechuga con la empresa de ofrecerle mes a mes al público, temas de estudio y de observación, trozos literarios de sugestivo interés, párrafos de ocasión que encuadren con los problemas palpitanes que mueven a curiosidad el pensamiento de los cerebrales. Confieso con ingenuidad: cada vez que me llegaba un nuevo número de *Ariel*—y esto sucedió durante doce meses—leía la revista, y me daba

presados en cupones, una Reina de la Fiesta con damas de honor, que presida el carnaval, los juegos deportivos y las corridas de toros. Habrá, á lo que parece, una Reina cada día, según los votos que se emitan. O sólo una Reina para los cuatro días, como resulte la del primero favorecida por el sufragio á ese efecto. Preciosa idea. ¿No sería el caso de investir á la delicada Reina con poderes y oír su voto en el tribunal del corso? Sobre todo me gusta el empleo de los fondos producto de la venta de cupones. Se va á obsesionar una fiesta á los huérfanos. A comprar cupones, gentes caritativas, á engrosar esa suma para de ese modo llenar el platillo de los pobres, ya que la moneda colocada en él, suena en la tierra, y repercute en el cielo, como dijo algunó.

Decididamente el Club Sport La Libertad constituye entre nosotros el centro deportivo de mayor importancia. Años de vida cuenta ya. Años de infatigable empeño en el desarrollo de las fuerzas físicas, y al mismo tiempo en el cultivo de las faenas intelectuales. Una sola fiesta no ha verificado ese Club, sin que al culto de Hércules no vaya unido el de Minerva y Apolo. Así lo dicen siempre las tarjetas con que invitan al público á las fiestas de aniversario de su fundación. La del cuarto año, verificada el sábado 13 de noviembre, resultó preciosa. Tomaron parte en la velada los intelectuales don Alberto Rudín y don Lisímaco Chavarría; aquél, exponiendo una interesante conferencia científica; éste, recitando bellos poemas de su inagotable musa. Se invitó al público para presenciar un match que fué jugado en La Sabana el domingo 14 á las nueve de la mañana. Prosigan los estimables jóvenes en su empeño. Ante todo no desmayar. La buena organización de ese centro habrá de producirles cuantiosos buenos frutos en el mañana.

Un domingo de estos domingos de San José, aburridos, tediosos de monotonía, insoportables de calor y polvo, al pasar por frente á una casa de alto, oí que en las ondas del aire venían flotando misteriosas notas de una orquesta. Entré. No le pedí permiso á nadie. Estaba en la Escuela de Música; mi exabrupta llegada sorprendió al maestro Vargas Calvo, quien, no obstante, acercóse á mí con su amable continente peculiar. No esperó mi pregunta de curioso. Díjome: preparo una orquesta. Sentados en sendos bancos, jóvenes, algunos de ellos de castaña cabellera, afinaban sus violines, daban pez á sus arcos, componían las llaves de sus flautas. Luego un silencio; luego la batuta que cual un signo de advertencia se levantó en el aire, rasgó en él cuatro compases, é hizo, al caer el quinto, el milagro de Moisés al golpear con su vara la estéril roca: que el silencio se convirtiese en lluvia de armonías tremolantes, pausadas, cadenciosas. Dichosos quienes pueden así entretener las horas de estos domingos de San José, aburridos, tediosos de monotonía.

Hace poco estuve hojeando el último número de la preciosa revista *Ariel*, publicada por Joaquín García Monje. Confesemos que no son muchos los caracteres luchadores chapados á lo García Monje. Fuerza de voluntad, paciencia y talento. No se hallan todos los días esas virtudes que adornan al profesor de Castellano. Cualquiera apechuga con la empresa de ofrecerle mes á mes al público, temas de estudio y de observación, trozos literarios de sugestivo interés, párrafos de ocasión que encuadren con los problemas palpitan-tes que mueven á curiosidad el pensamiento de los cerebrales. Confieso con ingenuidad: cada vez que me llegaba un nuevo número de *Ariel*—y esto sucedió durante doce meses—leía la revista, y me daba

lástima de tan hermosa publicación al comprender lo efímero de su existencia. No obstante, va para tres ó cuatro años que García persevera en su labor de lucha y de empeño. *Ariel* honra á Costa Rica en el extranjero. Ahí están los juicios de la prensa de Ultramar confirmando mi dicho.

Hernán Montero Padilla se complace en ofrecer sus respetos á todos los amigos y amigas que hayan de serlo en el futuro. Porque como tenerlos no los tiene aún, pues sólo cuenta quince días de haber hecho su arribo á nuestras playas. En mí, ya puede el gracioso chiquitín ver un su servidor muy afectuoso. Así lo he manifestado á sus papás, don Bernardo Montero y doña Emma su distinguida esposa, quienes tuvieron la amabilidad de ponerlo á mis órdenes. Que viva mucho, que sea muy feliz bajo la gracia del sol; y que sólo conozca de la vida,—ese enorme jardín de suplicios y de ensueños— los perfumados rosales. Hé ahí mi bienvenida.

Omití en la otra crónica la presentación al público lector de PÁGINAS ILUSTRADAS de un nuevo y distinguido colaborador y corresponsal literario en Bogotá: F. Restrepo Gómez, poeta y escritor, cuyo precioso soneto *El Sol* aparece en el anterior número de nuestra revista. Júzguese por el delicado corte de ese trabajo y el que hoy publicamos, si habremos de estar gratos al señor Restrepo Gómez por su valioso contingente.

Grave pecado cometí con el ditinguido Doctor don Belisario Porras, mi respetado y buen amigo, al no hacer referencia á su idea originalísima de festejar el día de su Patria con fuegos artificiales. Bien es verdad que si hubiese pretendido hacer un comentario acerca de todos y

cada uno de los números de la hermosa fiesta, mi crónica entera se habría hecho necesaria y aún quedara corto. Ya lo dije enantes. Sin embargo, roconozco la justa razón que tendría el Doctor Porras para no estar conmigo de pascuas. ¿Y saben ustedes cual fué el detalle que mejor me impresionó esa noche? Pues ni más ni menos que el omitido, el de los fuegos artificiales. ¿A que el ejemplo del Doctor Porras sentará jurisprudencia? Nos gustaría de sobra, antes que todo por el pueblo y los chiquillos. ¡Cómo les encanta á ellos gritar, reír, admirar los caprichosos cambiantes de las girándulas de fuego y abrir desmesuradamente la boca cuando un cohete al hender los aires, explota en lo alto, y se desgrana en maravillas de colores!

He recibido una circular del Club Alfonso XIII, en la que se me comunican las bases del Primer Certamen Nacional Fotográfico. El susodicho Club, deseando cooperar al mayor fomento de la cultura y del arte patrios, abre ese certamen, en el que, mediante veredicto de un competente jurado, se concederán los siguientes premios: I Una medalla de oro; II Una medalla de plata dorada; III Una medalla de plata. Formarán el Jurado Calificador los señores Tomás Povedano, H. N. Rudd, Luis Llach, Fernando Zamora y Próspero Calderón. Firman la circular que agradezco, los señores de la Comisión Organizadora, á quienes saludo y doy mis cumplidos parabienes por su luminosa idea: Miguel Formosa, Presidente; Enrique Riba, Secretario; Isidro Perera, Miguel Albi, Víctor M. Cabrera, Alejandro Montero, Vocales.

Está de Dios que estos croniqueos del número presente sólo van á servirme para enmendar las planchas cometidas. Al referirme en días pasados á la

Cuarta Conferencia Sanitaria Internacional que habrá de reunirse en San José, ocurrióseme pensar en una á modo de Panacea para todas nuestras enfermedades, las espantosas enemigas que están diezmado la población, robándole fuerzas todas esas vidas que la segur fatídica monda al conjunto de actividades. Un distinguido médico é higienista nos saca de nuestro error, diciéndonos que no hay tal; que no puede bajo ningún concepto la Conferencia, siendo internacional, contraerse á las enfermedades de un solo país, y tiene mucha razón; confieso que no había caído en la cuenta de la significación que abarcan los términos de la convocatoria á la Cuarta Conferencia. Agregóme el apreciable galeno, que el punto principal sobre que versará dicha Conferencia, lo constituyen las medidas higiénicas para puertos de los países coasociados. Por lo que á nuestros litorales se refiere, nos place decir con orgullo, que se ha logrado bastante merced á las medidas precautorias dictadas y observadas escrupulosamente. La fiebre amarilla, la fiebre de aguas negras, eternas pesadillas de los que vivimos en el interior, impidiéndonos en la mayoría de las ocasiones buscar aquellas zonas en que la tierra exuberante parece estar con los brazos abiertos en espera del cultivo, han poco á poco aminorado sus estragos. Pero creemos que falta mucho por hacer, y por lo mismo tenemos también mucho que esperar de las medidas que se dicten por las distinguidas personalidades acreditadas como representantes de sus países ante el nuestro, para proveer á las más urgentes necesidades higiénicas de los puertos americanos. Hecha la anterior rectificación, pido excusas por el error cometido. Para hablar de las deliberaciones de la Conferencia nos queda tiempo.

Damos traslado á los lectores del artículo publicado en este número por

el Presbítero don Manuel Zavaleta, persona de altos méritos y relevantes virtudes, quien á veces tiene sus ratos en que cariñosamente pulsa su péñola y ofrece un brote magnífico de su inteligencia. Saludamos en el Presbítero Zavaleta al nuevo colaborador que seguirá teniendo en nuestra revista un amable rincón para sus producciones.

Os voy á hacer coparticipes de una alegría que me anda por dentro, intensa, ilimitada. Ya sé que nada nuevo os voy á decir, porque también sentísteis vosotros como yo ese franco regocijo del alma, cuando os llegó escrita, en un pétalo de rosa, la feliz nueva de haber contraído matrimonio los hoy esposos felicísimos Gonzalo Quirós y Amparo González. Mas, aunque motejéis de fresca mi noticia, sabed que no por ello voy á considerarla menos digna de aparecer como nota de luz en mi crónica. ¡Pareja venturosa la que hoy forman Chalo y Amparo; hogar de equisitas maravillas el que habrá de abrigar ésas dos almas, hechas para amarse eternamente!

Y á renglón seguido leed esta esquelita que os transcribo, y decidme si nuestro San José no puede considerarse como un inagotable jardín en donde á diario florece la matizada rosa de la Felicidad:

«Alberto González Soto y Amalia de González Soto saludan á usted atentamente y tienen el gusto de invitarle al matrimonio de su hija PAULINA con el señor don ROBERTO CASTRO BECHE, el cual se verificará en nuestra casa de habitación el 27 del corriente á las 8 $\frac{1}{2}$ de la noche.—San José, noviembre de 1909.»

Un jardín en primavera perpetua este bendito San José, con sus mujeres tan llenas de bellezas, de virtudes y hermosas cualidades. Lo que sí es que no todos los hombres tienen el dón de ciertos cazadores que recorren el bosque Ensueño persiguiendo su mariposa de luz. Hay

quienes mueren sin alcanzar nunca la preciada y misteriosa volatinera de allulas intangibles. No es de ellos, por cierto, este galán predestinado por el cielo para ser el más feliz de los mortales. Regio equipo, yelmo reluciente, espuelas de oro, que al andar producían cascabeleo musical, y palpitándole por bajo de aquel yelmo un fuerte corazón, y emprendió el éxodo al encantado bosque. Sobraba lo demás: el corazón era suficiente á hacerlo dueño del encanto que al fin rompió sus cristales. La Felicidad salió á recibirle en la escalinata; y de ahí al Amor, y del Amor á la Gloria. ¡Beinaventurados los que hacen suyo el Alcázar de la Vida!

Teatro Nacional.—Se anuncia ya en cartelones y programas la venida de la Compañía Dramática Española Francisco Fuentes. Por los datos que hasta hoy he recogido acerca de la empresa, creo fundadamente en el éxito á obtener de la *troupe* que en *tournee* por las naciones de América llega de paso á Costa Rica. De paso, porque no podría ser de otro modo. Necesita llegar el señor Fuentes á España cuanto antes, á efecto de regresar pronto después de haber reforzado el número de actores y actrices con que hoy cuenta, para una nueva y más larga *tournee* por estas latitudes. Los almacenes de Herrero y Romero, lucen en sus ventanas retratos de los actores Francisco Fuentes, José Soriano, Gerardo de Nieva, José del Rivero y de la primera actriz Antonia Arévalo. En el elenco viene todo el personal de la Compañía. Viene, así mismo, el repertorio, en el cual figuran obras contemporáneas, obras clásicas y traducciones de lo más selecto, con las que ya puede augurarse un éxito completo.

Vamos, pues, á tener una Compañía de *primo cartel* en nuestro Coliseo. Falta nos hacía. Es necesario reconocer que hace mucho tiempo aquella escena ha sido

objeto de profanaciones imperdonables. Nuestro público está muy estusiasmado. La verdad es que nos moríamos de tedio en este San José imposible, en el que ni circos, ni hipódromos, ni teatros, cambian la gris monotonía de nuestro vivir incipiente. Una compañía dramática, toda vez que sea buena de veras, puede sacar excelentes frutos, ó mejor dicho, pesetas á granel, á pesar de la crisis asoladora en que há tiempo vivimos. Yo sí creo que es buena la Compañía Francisco Fuentes. Allá veremos; allá habrá de decirlo el público la noche del estreno. De mi parte ofrezco mi parecer en la próxima crónica; parecer que consultará sin duda la mayoría de los concurrentes, pues que tendrá como base el número de aplausos cosechados.

Prueba de lo dicho acerca del invencible afán que siente nuestro público de diversiones, la tenemos palmaria en el timo del Variedades. ¡Qué timo! Lleno exorbitante. Un teatro que se venía abajo de repleto. La concurrencia pateando y vociferando á más y mejor. Preludio por la orquesta. No iba mal. Telón arriba. Apareció el héroe: un italiano; de todo pueden tener los italianos antes que de hipnotizadores ni malabaristas; mala..... noche fué la que pasó el infeliz. Después de todo, el espectáculo no dejó de ofrecer su mija de regocijo. Por supuesto, como valer un colón el ratito no lo valía ni con mucho; pero tuvo su chiste. Mire que ocurrírsele al *títilo* (modismo con que se distingue á los italianos de menor cuantía entre nosotros) bautizar á su heroína compañera Cánovas del Castillo..... Cualquiera lo iba á creer. Aunque, á la verdad, no faltó quien se sintiera anarquista esa noche, ante el apellido del famoso ministro español. Cuidado si le anduvieron cerca balas. Próximo hubo que la quiso herir con un alfiler para demostrarle al público que no estaba

dormida. Qué gracioso, ¿no? Como un medio de apaciguar aquella *debacle* irguióse en el escenario un orador de serio continente, quien ofreció al público la devolución del dinero. (*Aplausos*). Claro, si lo que precisaba era aquello de que te vean mis ojos, Dorila. Por supuesto, al día siguiente —conste que la noche la habían pasado los dos héroes á la sombra, y no sólo de la noche;—al día siguiente era de ver el apotelamiento de chicos y otros que no lo eran, apostados frente á la boletería, en demanda de su circulante. Las caras que pusieron se las envidiaría una Magdalena, al imponerse del empleo acordado para el producto de la función: el Asilo de la Infancia. Bendita idea la tuya (la de él se entiende) ¡oh, pretensio hipnotista! Contribuir de modo tal á que los angelitos tengan mejor pitanza, más abrigo, mayor consuelo en su indigencia desvalida. ¡Después hay jueces que siguen diligencia sumaria á efecto de acusarte por estafador! Que protesten los infantes del Asilo, en nombre tuyo, benefactor de los niños.

Llegó de París el Secretario de la Legación de Costa Rica en la capital del mundo, Carlos Lara. No he tenido aún el inmenso placer de estrechar su mano, ni es ello un obstáculo para que desde las columnas de PÁGINAS ILUSTRADAS, ofrezca al buen amigo mi cariñoso saludo de bienvenida. Carlos Lara es uno de los jóvenes más apreciables de nuestra culta sociedad; pruebas tiene dadas de talento y de estudio, que bastarían por sí solas á captarle las simpatías de sus muchos amigos; pero á ese dón intelectual suma la cultura exquisita y el trato afable y cariñoso que son como el marco en que está encuadrado su talento. Viene, según parece, á ofrecer su mano á una dama distinguida de San José. Cuándo se verifique la boda, no podríamos afirmarlo, pero de que será un acontecimiento social esplendoroso, no cabe dudarse.

Reciba, por ahora, el buen amigo, nuestro saludo. Día llegará en que entonemos en su loa el himno epitalámico. ¿Pronto?

Todavía tengo que referirme á un distinguido colaborador de PÁGINAS ILUSTRADAS, el Profesor de Berlín, Karl von Shwaigel, cuyo trabajo en este número es pero habrá de leerse con el cariño é interés que despierta este sabio Profesor, quien ha hecho estudios acerca de las antigüedades de Costa Rica muy profundos, que por lo mismo nos dan á entender que el Sr. von Shwaigel parece preocuparse más de nuestra arqueología que nosotros, dicho sin intención de referirme al joven y sabio Profesor don Anastasio Alfaro, quien, como es sabido, ocupa lugar preferente entre los arqueólogos de América.

El dieciocho de noviembre á las cuatro de la tarde recibieron sepultura los sagrados restos del que fué abogado distinguido de nuestro Foro, don Melchor Cañas. Numerosa concurrencia seguía al carro fúnebre en su camino á la última morada. Bastantes años habían caído sobre la venerable cabellera del anciano ilustre. No por eso su muerte fué menos sentida. Hay existencias cuya extinción produce siempre lágrimas, aun en los ojos de los que no son familiares del difunto. Don Melchor Cañas tenía en sus arterias la sangre de aquellos buenos viejos, nuestros abuelos, en que ni un sólo átomo de maldad ni de incontinentes egoísmos cupo. ¡Generación sana y altiva la de aquellos próceres, quienes bajaron á la tumba tal vez convencidos de que no dejaban en sus herederos los dignos representantes de su fuerte abolengo! No así don Melchor Cañas: quienes llevan hoy su glorioso apellido, sí pueden ostentarlo con orgullo y sin temor á los parangones de la Historia, que nos hace recordar lo que fuimos,

para obligarnos á lamentar lo que somos. A los deudos del Licenciado Cañas les entrego esta humilde corona hecha con flores de mi profundo afecto.

En Liberia, la capital de Guanacaste, falleció la muy apreciable señora doña Adriana de Odio, esposa de nuestro particular amigo don Emiliano Odio. Muchas lágrimas han caído sobre la fosa de doña Adriana. Sus pobrecitos hijos no habrán de secar nunca su llanto, toda vez que la orfandad es úna y para siempre. A su viudo esposo, á la apreciable familia Bertheau Odio, mi sincera condolencia.

La última nota es de color de llama, olorosa á humo, salpicada de reflejos cárdenos, de sordas voces siniestras. Nos preparábamos á corregir las pruebas de este número, cuando hé aquí que el aire se llena de vibraciones de campanas tocando á rebato, y de gritos de los centinelas que desde sus fortines anunciaban la catástrofe. A la calle! A correr por sobre el lodo blando de estas calles de San José, hechas una lástima por la continua é impertinente lluvia. El montón de curiosos fué nuestra gufa; los llamaron del incendio, la señal inequívoca. El gran edificio vetusto en que se hallan diversas oficinas del Gobierno, así como el Ateneo de Costa Rica, la Sociedad Nacional de Agricultura, y entre todas ellas nuestro humilde cuarto, la oficina de redacción de PÁGINAS ILUSTRADAS, todo estaba para ser devorado por el fuego. A nosotros lo primero y único que se nos ocurrió fué el salvamento de nuestros amados cachivaches. Allá los otros con lo demás del edificio. Gracias al cielo y á la buena voluntad de los hombres el incendio principió por ser localizado y terminó por extinguirse, habiendo consumido muy poco—relativamente—de su forraje. Nuestro cuarto salvóse. Pero como fué indispensable tomar medidas de precaución, poniendo en lugar

seguro los *muebles*, clichés, correspondencia, libros, canjes, etc., etc., justo nos parece, en nombre de PÁGINAS ILUSTRADAS, rendir las gracias á las siguientes personas, cuyo abnegado esfuerzo habrá de recordar siempre nuestra Revista con cariño: Sr. Rius y Matas, don Juan Rafael Salazar, don F. Müller, niño Rubén Bertheau, don Abel Villanea, don José Araya y otros cuyos nombres no recordamos debido á la confusión del momento.

COLOMBINI

Grabados.—Debido al constante mal tiempo de los pasados días, todos los grabados que preparábamos para este número no han podido terminarse; para el próximo los ofrecemos todos.

Noticias cortas

Don Jaime de Borbón ha escogido por residencia el castillo de Trosdorf (Australia).

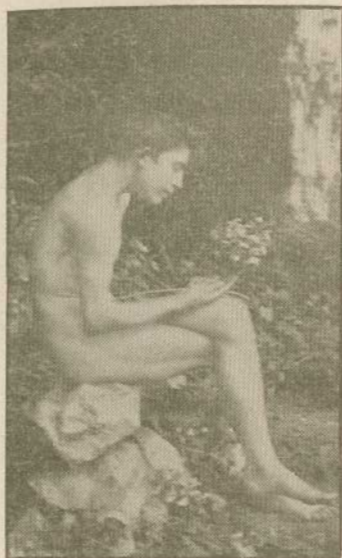
* El Almirantazgo inglés hace esfuerzos para comprar aeroplanos, y multiplica los ensayos en los dirigibles militares.

* *Le Temps*, diario francés, ha aumentado su capital en un millón de francos, con el objeto de instalar sus oficinas en un lujoso palacio de la Calle Taitbout.

* La tournée artística que María Guerrero y el señor Díaz de Mendoza hicieron por la América, les ha proporcionado cuantiosas ganancias. Algunos hacen ascender á dos millones de francos la cantidad líquida que han llevado los ilustres artistas.

* El Gobierno inglés ha pagado por el aeroplano de Orville Wright, treinta mil dólares.

* Blériot ha declarado que está decidido á disputar á Wright un *match* por 125,000 francos.



Apolo en la Montaña

A Pepe Siguereado

Allá en la soledad del bosque, un día,
el Dios del Verso desnudóse el alma
y en el silencio de la agreste calma
su lira, entre los árboles, tañía.

A su redor se irguieron los corimbos
que mecen en sus tallos los jarales;
á escucharlo vinieron diez turpiales
y un rayo de Iris le tejió dos nimbos.

Y vino el viejo Pan y el yago Eolo,
y el Astro regio descendió en fulgores
para extasiarse con el bardo solo.

Cesaron los melódicos rumores
y entre las manos del risueño Apolo
la lira aurea convirtiése en flores.

LISIMACO CHAVARRIA

España y Marruecos

¿Quién tendrá razón?

Yo, en la cuestión de las relaciones con Marruecos de los pueblos civilizados, estoy aún, como quien dice, con la pluma en la oreja. No acierto á adoptar una actitud. De un lado, como hombre de mi siglo y miembro de la raza superior, juzgo que al imperio marroquí es conveniente «penetrarlo,» como dice el francés. De otro lado, me asusta la tal penetración. Marruecos es un país original, que atrae y fascina. De todos los países musulmanes que bordean el Mediterráneo, Marruecos es, tal vez, el único que, á despecho de las exploraciones, tiene aún la aureola del

misterio. ¿Qué turista de alma apasionada no se «estremece de emoción» con sólo pronunciar los nombres mágicos, evocadores, de Fez, de Mequínez, de Mogador y de Tetuán?...

Pero, en resumen, todo esto no es más que poesía. Marruecos, en sus tres cuartas partes, es desconocido para los europeos. Se le llama imperio, y no lo es, porque el titulado emperador no es más que un infeliz. No hay ni la sombra de un gobierno. Hasta el mismo nombre de Marruecos es sólo una invención. Existe, en todo caso, en nuestra fantasía. Se des-

conoce, en absoluto, el sentimiento de nacionalidad. Las tribus poseen cada una su historia, sus tradiciones, y sus títulos de nobleza, propios y exclusivos. Divididas por odios seculares y en combate perpetuo, su patria es su cantón. El Islám es lo único que las suele unir alguna vez, como hoy las une contra España.

Se conocen hasta la saciedad las otras tierras de Mahoma. ¿Quién no ha estado en Turquía? Se ven alguna vez turcos auténticos en las logias masónicas. Se puede hoy invernar en Egipto como en Niza ó en Málaga. Túnez y Argel son para Francia como una doble prolongación de la «Cannebiere» en Marsella. Pero, ¡el imperio marroquí! En el rincón, que tanto se codicia, del Norte de África, es donde solamente existe á la hora de ahora una civilización árabe autónoma: una sociedad mahometana regida por ritos, por usos y costumbres seculares, y un color local, que el europeo no ha podido aún borrar con sus «conforts» y sus ordenanzas saludables de higiene pública. En sus 888 kilómetros de costas mediterráneas, limitado por el Sahara y por la Argelia, «le Maroc» á estas horas, es más ignorado que la China.

Europa, que no en vano es fuerte, se empeña en abrir de par en par las puertas, que el amo de la casa quiere resguardar con mil cerrojos. Europa, la fuerte, ¿tiene ó no tiene la razón? Lo cierto es que el imperio de Marruecos no quiere nada con Europa. Los extranjeros, á no ser en Tánger, no pueden poseer en paz ninguna finca, ningún trozo de campo, en el territorio donde, de derecho y no de hecho, domina el Sultán. Allí no es posible montar sosegadamente ninguna vía férrea, y mucho menos explotar los recursos mineralógicos, pése á las declaraciones del Acta de Algeciras.

Ese rincón del Universo, donde la Na-

turalaleza ha prodigado sus dádivas más ricas, aún permanece inexplorado, é inútil y estéril para el hombre. Así lo ha querido, así lo quiere, el clericalismo musulmán. Mientras no se le abata, no cambiará Marruecos: seguirá siendo lo que ha sido desde los días de las Cruzadas hasta los tiempos más cercanos, en que las naves europeas hundían en el Mediterráneo las últimas embarcaciones de los corsarios berberiscos.

Fastuoso y terrible, majestuoso é infecto, espléndido y fatídico, artístico y sangriento, el país, con sus ocho millones de habitantes, vibra de fé. Desde lo alto de las mezquitas, los almuédanos entonan sus coros extraños, invitando á la plegaria á los fieles. En los días festivos, las cofradías de fanáticos, las procesiones de «ainanos» y de «derviches» recorren las calles de los pueblos, aullando y haciendo contorsiones. Es la tierra de los harenes misteriosos, donde los señores opulentos suelen tomarse un anticipo sobre los placeres ofrecidos en el paraíso de Mahoma. Es la tierra de las deslumbradoras fantasías, donde el guerrero adorna su montura con piedras preciosas, ostentando su fusil enorme, incrustado de nácar. Adormecido en la adoración de sus viejas ciudades de almenados muros, Marruecos ama su peréza, como se solaza en sus ensueños el fumador de «haschisch.»

¡Y ésta es precisamente la nación, ó, mejor dicho, son las tribus á las que se quiere «europeizar,» merced á la alianza consabida del «self government.» los Derechos del Hombre, y..... el Concordato de la Santa Sedes..... ¡Pues sí, y sí mil veces! Aunque la empresa sea difícil, y aunque pueda discutir la forma ó el procedimiento, la civilización, que partió un día de las orillas africanas, debe restituirse al África. La Humanidad, considerada en su conjunto, tiene necesidades imperiosas, infinitas,

inmensas. Toma lo que necesita allí donde lo encuentra, y le apena que razas infecundas, bien que insignes antaño, disfruten exclusivamente de una comarca prodigiosa, que, bien cultivada, regida á derechas, podría fácilmente, con sus dos cosechas anuales, dar trigo bastante para nutrir á media Europa; comarca en la cual, al decir de un inglés, «corren la leche y la miel,» y donde, en el Norte, selvas de encinas, de cipreses, de madroños, de cedros, de limoneros y de acacias, dan sombra á deleitosos prados.

Y así en estos prados como en el pié de las montañas, que ostentan en la lejanía sus

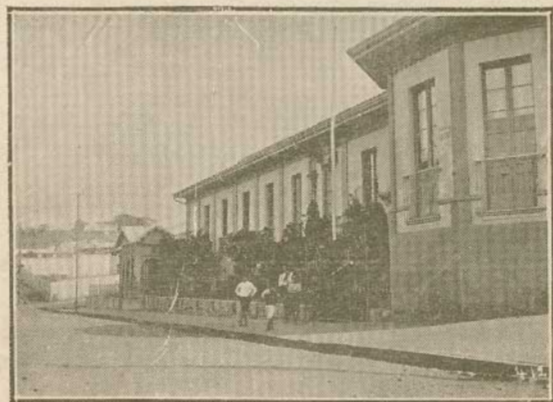
cumbres de nieve, ¿qué hay sino minas de antimonio, de cobre y de hierro? Mas en el imperio marroquí, el partido conservador, del mismo modo que dificulta la exportación de trigo, prohíbe con tenacidad que las minas se exploten, afirmando que «lo que Alá quiso ocultar bajo la tierra, no debe el hombre descubrirlo.»

¿Qué mucho, pues, que se defiendan las prescripciones del Corán?

¡Pobres reaccionarios marroquíes!... El Alá á quien invocan los partidos conservadores en los pueblos civilizados, piensa de distinto modo...

ANTONIO CORTON

ALREDEDORES DE SAN JOSÉ, COSTA RICA



Vista tomada en el Barrio de Amon

Fot. Rudé

Dietario Costarricense para 1910.—Don José M.^a Arias P. se propuso impedir este año la introducción de *Dietarios*, y á fe que lo ha conseguido, pues el que ahora ha dado á la publicidad, preparado **especialmente para Costa Rica**, es de lo más completo que puede desearse.—Se halla de venta en todas las librerías de la capital.

Páginas Ilustradas ruega á los suscritores pagar el abono á la presentación del recibo y procurar tener al día sus cuentas.—Asimismo ruega se sirvan devolver el periódico aquellas personas que no desean suscribirse ó pagar el abono.

El hijo del pueblo

Para „Páginas Ilustradas“

¡Ven! Con placer estrecharé tu mano
Por el rudo trabajo encallecida.
Ven, y te abrazaré: yo soy tu hermano,
Y está mi vida con la tuya unida.

Hijo del pueblo, llevas en la frente
Aureola del trabajo que ennoblece;
Todo lo vence tu labor potente,
Bajo tu mano todo se embellece.

De ti nacieron los primeros reyes
Nemrod y Ciro. Cadmo y otros ciento;
Y el *Coloso* que á Europa diera leyes
Hermano tuyo fué por nacimiento.

Eres legión, cuando la patria llama
A defender sus sacrosantos fueros;
Cuando la paz su bendición derrama,
Hijos del pueblo, sois mansos corderos.

Hijo del pueblo, en ti la Patria fija
En sus horas de angustia su mirada;
Con tu arrojo y valor se regocija,
En tu proba lealtad vive confiada.

Empuñas, como un cetro, la herramienta,
Y la materia indómita se amansa;
Se rinde el bosque á tu embestida lenta,
Y el campo cultivado es tu esperanza.

¡Salve, titán de todas las edades,
Anónimo factor de los progresos!

Su ornamento te deben las ciudades,
Los campos su riqueza y embelesos.

Hijo del pueblo, si desdeña el mundo
Tu pobre blusa, tu desnuda planta,
Dile, que debe á tu labor fecundo
El bienestar que envanecido canta.

Dile que á veces, la divina mano
Te elevó sobre pueblos y naciones,
Testigo el santo venerable Anciano,
Que desde Roma envía bendiciones.

En el proceso de la humana Historia,
De altos ingenios y de sabios lleno,
Envueltos en el nimbo de la gloria
Resplandecen los hijos de tu seno.

Hijo del pueblo, yergue ya tu frente,
Por que la Patria, encarnación divina,
Sobre ese corazón leal y valiente
En horas de dolor su sien reclina.

Guarda tu fe, tus típicas costumbres,
La herencia del valor nunca menguado;
El progreso infundiéndote sus lumbres
Tu corazón encontrará formado.

Hermano, *hijo del pueblo*, ya he concluido;
En tanto créeme: por diversos modos,
En esta tierra de bellezas nido,
Somos *hijos del pueblo* casi todos.

JUAN GARITA,
Presbítero

Heredia, setiembre 15 de 1909.

Nandayure

A León Fernández Guardia

La noche principiaba á cubrir de som-
bras el *Cerro de las Cruces*, cuando después
de penosa jornada desde *Chiquimula*, hoy
Puerto de Humo, llegaba al pueblo de
Nicoya. Parecía desierto. En uno que
otro rancho y en algunas casas, la luz de
los *fogones* indicaba, á manera de faros, el
camino á través de la llanura.

Después de instalado en una casa parti-
cular, principié al siguiente día mis inves-

tigaciones sobre la Arqueología del lugar.
Traía una importante misión del Museo de
Berlín, para estudiar las sepulturas, cerá-
micas, leyendas y restos de los antiguos
Chorotegas, que en pasadas épocas vivie-
ron en casi toda la península de Nicoya.

Mis gestiones dieron los mejores resul-
tados, pues dos días después partí en com-
pañía de un viejo indio, Juan Martínez, el
que me condujo á un lugar lejano, rodea-
do por numerosas rocas calcáreas, de for-
mas caprichosas. La vegetación era escasa;
algunos árboles y arbustos se desarrolla-
ban vigorosos en los lugares húmedos y
varios montones y círculos de piedra, que

fácilmente se distinguían entre la escasa yerba que cubría el suelo, me llamaron la atención.

Aquí—dijo el viejo indio, señalando un montón de piedras—principia uno de los cementerios más ricos de los Chorotegas. Sólo yo conozco este lugar y sé por tradiciones muy antiguas que encierra muchas riquezas y objetos valiosísimos.

El sitio no parecía que encerrara verdaderos tesoros; sin embargo, principié mis trabajos. Con el auxilio de dos valientes nicoyanos, que había contratado, di principio á limpiar el terreno, después de hacer un croquis de los túmulos y círculos de piedra, y de anotar la orientación, tamaño y dimensiones. Por el lado Norte se levantaba, casi perpendicularmente, una roca calcárea. En aquella roca—me dijo el indio—principiaremos las excavaciones, en el sitio donde se divisa aquella piedra tan extraña. Efectivamente, al pie del alto cerro había una piedra muy especial. Parecía un enorme disco, con un canal en el medio, pero lisa por completo y sin geroglíficos ni inscripciones de ninguna clase. Al lado de la piedra se principió la excavación. Dos horas después quedaba abierta la entrada á una oscura caverna. Sin vacilar penetré. Era espaciosa. Cuando la vista se amoldó á la luz difusa que penetraba por la abertura, distinguí una serie de ídolos de piedra, colocados uno después de otro, y en actitud amenazante. Parecían ser los guardianes de aquel sitio ignorado por varios siglos.

Mi entusiasmo no tuvo límites. ¡Qué notables y maravillosas noticias iba á comunicar á la Sociedad de Ciencias!

Hacia el fondo apareció un lugar cubierto de grandes piedras planas que se

removieron con facilidad. En el interior había una riquísima colección de vasos y jarrones, de caprichosas formas y colores rarísimos hábilmente combinados y que representaban geroglíficos y animales fan-



tásticos. Entre ellos había uno verdaderamente notable. Representaba un animal extraño, con una *tinaja* en la espalda, primorosamente pintada. Era seguramente la pieza más delicada que saliera de manos del más aventajado artista Chorotega. En aquella caverna—no había duda—se habían guardado los mejores y más ricos tesoros de una adelantada civilización.

¡El trabajo del día no podía ser más feliz! Los resultados habían sido notables; maravillosos objetos de piedra verde—serpentina y jade—llenaban algunos de los vasos.

Llegada la noche, el viejo indio y sus compañeros buscaron abrigo bajo un ár-

bol. Por mi parte, el notable hallazgo me produjo una excitación tal que no podía conciliar el sueño. Pensando en los resultados de aquellas investigaciones, me senté sobre la piedra extraña que estaba á la entrada de la caverna. Todo al rededor estaba silencioso. En medio de la escasa claridad que daban algunas estrellas, vi venir por entre las rocas calcáreas una mujer. Se acercó á mí. Aquella visita me sorprendió, pero antes de que yo hablara me dijo:— Señor, nada tema ni se preocupe por nada. He sabido que usted desenterraba hoy los objetos de este cementerio y he venido para contarle muchas cosas que quizá tengan algún valor para usted. Mi asombro no tuvo límites, y no sin saber qué partido tomar, supliqué á la mujer que hablara.

Soy muy anciana—me dijo—no tengo recuerdo de las veces que la luna ha venido y se ha ido. Me llamo Nandayure y nací poco tiempo antes de que llegara al mando de la tribu el gran cacique Nicoya.

Hace 386 años, en una mañana muy despejada entró en el pueblo un gran Señor, que venía en nombre de otro Señor más poderoso. El gran cacique Nicoya

lo recibió de paz y dos días después ya no lo conocíamos, tal había sido la transformación de nuestro jefe. Supe que aquel gran Señor se llamaba Gil González Dávila, y que nuestro jefe le había dado muchos y muy valiosos objetos de oro. Un hombre con un vestido muy raro y varios objetos para nosotros desconocidos en una mano nos hablaba en una lengua muy extraña.

A pesar de lo que nos explicaron, nada pudimos comprender y nos hicimos llamar cristianos, sin saber por qué. El cacique Nicoya tuvo muchas dificultades con varios jefes inferiores, y muchos de ellos, ayudados por varias mujeres trajeron aquí una parte de los tesoros, para que no cayeran en manos de aquellas gentes tan extrañas, y que tan raras cosas nos decían.

De aquellas épocas, sólo yo he quedado, los demás han desaparecido hace mucho tiempo. Vivo en estas montañas, en las rocas de cal, en las llanuras y á orillas de los ríos, pero nadie me ve, ni nadie habla conmigo. Después de la muerte del Cacique yo viví por mucho tiempo lejos, muy lejos de aquí. Después regresé. Todo había cambiado. Selvas inmensas se habían desarrollado en los lugares donde teníamos nuestros fiestas, y apenas podía reconocer con dificultad algunos sitios favoritos del Cacique. En este lugar reconocé la piedra donde se celebraba la ceremonia más imponente de una de nuestras fiestas anuales; es esa en que está usted sentado y recordé también que aquí estaba esterrada una parte de los tesoros del Cacique.

¡Pobre Cacique! Lo recuerdo con tristeza. A mí me distinguió entre todas sus mujeres. Pusó mi nombre á un precioso río que pasa por Santa Rita, nombre que se ha conservado y donde yo lavaba el maíz para preparar la chicha.

La vieja india quedó en silencio. Toda aquella historia me deslumbraba. ¿Sería aquello posible? ¿Cómo podía un sér hu-



mano vivir tanto tiempo? No, aquello no podía ser. ¿Estaría loca aquella mujer? Pero no, lo que ella decía correspondía a la realidad.

Mi padre—prosiguió la vieja india—que era un artista muy distinguido, hizo un vaso, un vaso muy raro, el único que agradó al Cacique. Es un animal muy raro, en parte representa un *tololocuí*, que en lengua Chorotega quiere decir «gusano venenoso,» con una preciosa tinaja que yo pinté después. Ese vaso, que usted debe haber encontrado aquí, me costó muchas lágrimas, encierra una historia muy triste..... pero se la contaré mañana, ahora tengo que irme.



Aquella historia y la presencia de aquella mujer me habían trastornado. Cada vez me parecía más difícil creer lo que me pasaba.

Me voy—dijo la mujer—si no regreso, me encontrará en el cerro de *Peuanaguaste*, donde ahora vivo. Sin atender a mis ruegos para hacerle unas preguntas, sobre lo que me había dicho, desapareció entre las sombras de las rocas calcáreas.

La noche entera la pasé sin dormir. No podía apartar de mi mente aquella rara visita.

Al siguiente día, muy temprano, proseguí los trabajos y pronto me convencí de que no había sido un sueño.

¡Idolos de oro, ricas piezas de serpentina y preciosos jarrones! Todo estaba ahí. Un verdadero tesoro.

Cuando llegó la noche la vieja no volvió.

Con algún trabajo y el auxilio del indio Martínez y sus compañeros transporté todo mi hallazgo al pueblo de Nicoya, de noche, para evitar murmuraciones que pudieran comprometerme.

El indio y sus compañeros guardaron silencio y en el pueblo se dijo que nada de importancia habíamos encontrado, *solo liestos y ollas quebradas*.

.....
Me fué a buscar a Nandayure.

Llegué al cerro que me había indicado, pero no la encontré. En las grutas, por los cerros, en los matorrales. No pareció.

Regresaba ya al pueblo, abandonada ya la esperanza de descifrar tantos misterios, cuando, de un lado del camino salió un indio. Rápidamente se dirigió hacia mí y me dijo:

No busque más a Nandayure; ya no vive en este mundo. Hace varios días desapareció para siempre. Nadie se preocupó por ella, ni nadie la llamó para que contara todo un pasado lleno de encantos y de tradiciones preciosas. Ella misma representaba la historia de un pueblo que hoy no ha dejado más que restos de su existencia. Nadie le hizo caso y ya hoy no tendremos a quien preguntar lo que aquí pasó hace varios siglos. La civilización moderna vendrá con todos sus progresos, y nuestro pasado quedará en las tinieblas.

Nandayure había muerto; la tradición se había perdido. Esta noticia me produjo honda tristeza. Sin embargo, me consoló el rico tesoro que poseía. Tenía por lo menos el principio de una investigación que daría mucha luz a un pasado, sepultado en las tinieblas de los siglos.....



En pocos días empaqueté todos los objetos y llegaron á San José en muy buen estado.

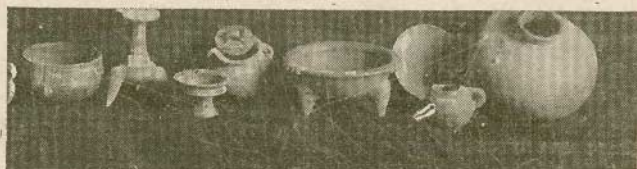
Hice conducir las cajas á una casa cómoda y al día siguiente principié á abrirlas. ¡Qué impresión más extraña! Los ídolos y los jarrones habían desaparecido, no

encontré más que *tiestos y ollas quebradas*.

Lo dicho por las gentes del pueblo de Nicoya se había cumplido.

PROF. KARL VON SHWAIGEL

Berlín—Agosto 23—909.



Pour faire son chemin

Del libro de Silvana Roudes

Terminaré este capítulo mencionando siquiera los nombres de los de un libro que apareció hace unos diez años en Boston, titulado: *Llegar hasta el primer puesto ó El éxito á través de las dificultades*, por Orison Sweet Marden.

I. No esperes el momento preciso; créalo.

II. Que se dé á un joven resolución y el alfabeto, y nadie podrá prever á dónde irá.

III. No pierdas jamás un minuto de tu tiempo. Si un hombre de genio como Gladstone lleva siempre un libro en el bolsillo, por no perder un instante de su vida, ¿qué no debe hacer un hombre común para evitar pérdidas de tiempo!

IV. No tengas otra preocupación que la de escoger una carrera. ¿Para qué sirves? Esa es la grave cuestión.

V. Concentra tu energía en un solo objeto, sin mudanza. No te pierdas en vanas vacilaciones. No pienses en diferentes cosas, sino en una sola con obstinación.

VI. No pierdas tu tiempo en sueños del pasado ni del porvenir, sino que debes estar atento á aprovechar el momento presente.

VII. Acostúmbrate á estar de buen humor y á encontrar la vida agradable.

VIII. Educa las buenas maneras. Un

hombre fino y cortés puede prescindir de la riqueza; todas las puertas se le abrirán y á todas partes entrará sin pagar.

IX. El mejor talento no vale lo que el tacto y el buen sentido. En la carrera de la vida el sentido común es el que da acceso á la pista.

X. Respétate á ti mismo y tén confianza á ti mismo; es el mejor medio de inspirarla á los demás.

XI. «¡Trabaja, ó muere!» Tal es la divisa de la Naturaleza. Si dejas de trabajar, morirás intelectual, moral y físicamente.

XII. Tén carácter; al carácter se debe el buen éxito.

XIII. Sé apasionado por la exactitud. Veinte cosas hechas á medias no valen lo que una bien hecha.

XIV. Tu vida será lo que quieras hacer de ella. El mundo nos devuelve lo que le damos.

XV. Aprende á sacar algún provecho de los fracasos.

XVI. Nada vale tanto como la obstinación. El genio vacila, tantea, se fatiga; pero la obstinación gana siempre.

XVII. Asegúrate una salud sólida y una larga vida. La primera condición del triunfo es ser «un animal de primera clase».

XVIII. Sé breve; despacha tus negocios á prisa.

Este lacónico y sencillo sumario es la más bella línea de conducta que pudiera trazarse á un joven moderno.

Páginas Ilustradas y los que principian

En otra ocasión dijimos que esta Revista tiene para los escritores y poetas noveles un campo abierto, siempre que, en sus primeros ensayos, se advierta algún mérito. En números pasados dimos cabida á poesías del joven Miguel Angel Casal.— *Paisaje*, uno, y otro, *Pastora*, bellos sonetos que lograron el honor de ser reproducidos en revistas extranjeras.

Hoy le damos ese mismo lugar de ensayo á un joven que promete, si estudia y

persevera; él es Orlando Olivares. Su poesía, *Lenguaje de la noche*, tiene corrección métrica y gramatical, además de ser de un sentimiento finamente delicado. Con la modestia de la timidez se ha acercado á pedirnos hospitalidad para los hijos de su sentimiento y nosotros se la ofrendamos como un modo de estímulo. Sea bien llegada la primicia del joven rimador.

LISÍMACO CHAVARRÍA

El lenguaje de la noche

Por la ojiva del convento,
tenue luz se va filtrando;
dijérase tamizando
con tranquilo esparcimiento.

El ángelus llama entonces
á todos los que se han ido
de este mundo fermentado,
con el habla de los bronce.

Poco á poco noche huraña
de los cielos en la altura,
va extendiendo su negrura
y embozando la montaña.

Apáganse ya los ruidos,
de la sombra en lo profundo;

se adormece el ancho mundo
y las aves en sus nidos.

Mustio fraile del convento,
puesto de rodillas, ora,
y entre lágrimas implora
de redención el momento.

Grave el sabio,—siempre en vela—,
ante enorme infolio abierto,
busca la verdad—el puerto
á que va su carabela.—

Y también el pobre enfermo
oye dar las horas lentas
que le alargan luchas cruentas
del dolor sobre del yermo.

ORLANDO OLIVARES

Un gran Departamento para Señoras

han abierto los señores ROBERT HERMANOS en su antiguo y acreditado ALMACÉN DE ROPA HECHA.—Cuanto una señora puede necesitar para este mes de Diciembre, allí lo encontrará.—Juguetes para Noche Buena.

Escenas Evangélicas

LÁZARO

Para „Páginas Ilustradas“

I

En Betania, diminuta aldea muy inmediata á Jerusalén, un hogar viste de luto. Al ocaso de una espléndida tarde oriental, ha descendido también al ocaso de la vida, Lázaro, hermano dilectísimo de María y Marta. Aquel nido de tiernos amores está azotado por el ábrego, frío como la misma muerte. Los amigos de la casa después de haber perfumado de mirra y aloe el cuerpo del joven Lázaro, marcharon en fúnebre procesión á la granja en donde la cámara sepulcral se entreabría para depositar los despojos mortales. Las plañideras desgarraban los aires con sus llantos y gritos y las flautas con sus agudos sonos, modulaban fúnebres melopeas. El gran Doctor judío Gamaliel, con gravedad y sencillez profundas, con el alma en los labios pronunció el adiós afectuosísimo al que en vida había sido su amigo predilecto.

Há cuatro días de sueño profundo; una losa cubre su cuerpo envuelto con un sudario, atado con cintillas, y pronto la materia comienza sus períodos de corrupción. Todo concluyó para aquellas infortunadas hermanas, el sér de su predilección las había dejado solas agobiadas por el dolor.

Jesús de Nazaret, extraordinario taumaturgo, que recorría incansablemente evangelizando las turbas por las pintorescas campiñas de Judea y curando toda clase de enfermedades, no se había presentado en los días críticos del paciente.

Amigos del Maestro, María y Marta le participan la pena intensa que sufren y le envían un mensaje. «Señor, mira, el que amas está enfermo.» Jesús está un tanto lejos y sin embargo no aligera sus pasos.

Mucho ama á aquella familia doliente y sabe muy bien la fuerza del dolor que gravita sobre ella. Jesús parece no escuchar el clamor de las hermanas del difunto y sigue sus cotidianas labores. El sabe que Lázaro morirá para que así el Hijo del Hombre sea glorificado.

II

Jesús está ausente, y Lázaro muere.

La hora ha llegado, deja las riberas del Jordán y se dirige á Betania. Sus discípulos le han oído decir: Vamos, nuestro amigo Lázaro duerme y voy á despertarlo de su sueño, no del sueño natural sino del eterno sueño de la muerte.

María y Marta están inconsolables, han perdido toda esperanza, el sol de su vida está eclipsado y el día es para ellas como la noche, tinieblas perpetuas. El pensamiento de que si Jesús llegase antes de la muerte de su caro hermano, él sería sano al instante, pasó cual ráfaga fugaz, burlando sus ansias amorosas. Habían visto á Jesús efectuar acciones insólitas, curaciones estupendas, pero su hermano, ¡ah!..... hace cuatro días está en el lecho sepulcral, la ciencia médica no lo pudo arrebatar de las garras mortíferas. Jesús está en camino y ya próximo á Betania.

Marta, reclinada la frente sobre sus trémulas manos, está sumida, absorta en tristes cavilaciones, el recuerdo de su hermano es su perenne ocupación mental. De repente oye que le dicen: Marta, el amigo de la casa acaba de llegar. Se levanta presurosa y sale á recibirle: «Señor, prorrumpo en medio de copiosas lágrimas, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.» El Maestro, bueno y compasivo sin medida, la dice: «Tu hermano resucitará.» Marta está como desconcertada, ha perdido casi la esperanza y así en tono desdeñoso le contesta: «Bien sé que resucitará en la resurrección de los muertos que será el último día.» Entonces

Jesús abre sus labios proféticos y Marta atónita oye estas hermosas palabras: «Yo soy la Resurrección y la Vida, quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá, y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre.»

El semblante de Marta cambia de color con ligereza suma, está confusa y el Maestro le pide entonces un acto de sumisión, de cariño, de amor a sus celestiales doctrinas.—¿Crees tú esto?—le interroga Jesús. «¡Oh, sí, Señor, yo lo creo!.....»

III

Marta se siente con nuevas fuerzas, su corazón ve un rayo de esperanza que pasa por su nublado cielo y parte de súbito en busca de su hermana.

¡María, el Maestro te llama, aquí está! Ha días, la existencia de esta alma apasionada y arrepentida se sustenta con el pan de lágrimas. María Magdala se levanta, sus ojos están empapados de tanto llorar, su blonda cabellera flota con descuido sobre su nacarada frente y sus esculturales brazos están apretados contra su pecho y todo su continente refleja el amargo, acerbo dolor que la sumerge en hondas aflicciones. Ha oído pronunciar el nombre de Jesús; este nombre resuena dulcemente en su lacerado corazón. ¡Tanto ha deseado ver a Jesús para contarle sus grandes penas!

María está junto al Maestro y entre gemidos le dice: «Señor, si hubieses estado aquí mi hermano no habría muerto.» Jesús ha visto poco há, llorar a Marta, ahora contempla a sus pies a la antigua pecadora del Castillo de Magdala, toda lacrimosa, deshecha en lágrimas. De los ojos de muchos de los concurrentes se escapan furtivas lágrimas. La Humanidad de Jesús se conturba, se estremece. El clamor de los afligidos penetra hasta lo recóndito de sus vísceras, ¡es tan bueno!

Jesús lloraba.....

Con paso lento se encamina Jesús al sitio fúnebre en donde descansa Lázaro. ¿Dónde lo pusiste?—pregunta Jesús. El curso de gentes es ya numeroso.

Amigos desconsolados los unos, indiferentes los otros, turbas de incrédulos más allá, y bandadas de enemigos jurados del Mesías los de acullá. Aquella asistencia heterogénea está fija, pendiente de los ademanes del Maestro de Galilea, no pierde uno solo.

IV

Las claridades de la tarde iban poco a poco esfumándose en el horizonte. Las palmeras copudas habían replegado sus ramas y la calma aplanante de la noche comenzaba a inundar todo de una profunda melancolía.

Frente a frente de la cerrada gruta, cuya entrada cerraba una enorme piedra, encuéntrase Jesús. La Vida y la Muerte están casi juntas. Jesús exclama: «Quitad la piedra.»

Marta se asusta, se acerca a Él con viveza y le dice: «Señor, comienza a heder, es el cuarto día que está ahí.» Al instante Jesús la reprende: «Marta, ¿no te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?»

Muchos de los presentes no objetan nada, humildes se disponen a obrar los soberanos mandatos del Profeta. No temen el olor nauseabundo que puede exhalar el cadáver de cuatro días. Se adelantan, empujan la piedra sepulcral y se retiran. Una luz pálida como la de mortecinos cirios iluminaba la antecámara que precedía al sepulcro en cuyo fondo se dibujaban confusamente los nichos en las sombras.

Marta y María se miran entre sí; el corazón de María, enamorado como el que más, alma de vuelo impetuoso, ardiente, a quien el Señor perdonó sus extravíos, porque amó mucho, no aparta sus negros y

hermosos ojos del Maestro. Marta está meditando; cree, pero la duda cruel parece inquietarla á ratos, por lo cual sufre amargamente. Mas Jesús que hace tiempo las ha amado tanto, se mostrará misericordioso para ellas.

V

La hora es solemne y la excelsitud nada común.

La historia de Jesús contará desde ese momento un capítulo brillantísimo. Iba á obrar el grande prodigio de resucitar un muerto cuatrídiano. Jesús avanza unos pasos y con el rostro sereno, eleva al cielo sus ojos en actitud de súplica y se le oye musitar fervorosa plegaria que se pierde en el aire sereno y tranquilo del anochecer. Un silencio profundo embargaba la muchedumbre.

Jesús en voz muy alta y sonora gritó: «Lázaro, sal fuera.»

El prodigio del amor de Jesús á la familia del muerto está consumado. Un momento de terror, cual oleada gigantesca, levantó en peso el alma de aquella muchedumbre alelada.....

Se vé menear en el fondo de la tumba

un bulto indefinido, el cual avanzaba por la antecámara sepulcral. Lázaro, atado de pies y manos, velada su faz con un sudario aparece á la luz indecisa de la tarde á las miradas de los concurrentes. «Desatadle y dejadle ir,» les advierte cariñosamente el Maestro bueno y compasivo de Galilea.

Marta estrecha entre sus brazos el cuerpo vivo de su hermano. María..... besa amorosa los pies de Jesús, y los enjuga con su blonda cabellera.

Marta y María regresan en medio de la concurrencia que cada vez se agranda, curiosa de ver á Lázaro. Los lamentos y ayes de dolor se truecan en alegres cánticos de acción de gracias.

Lázaro resplandece de gozo, es un mortal resucitado: después de haber surcado el piélago de la Eternidad, es ahora de nuevo el navegante en el piélago de infinitas miserias.

Hé ahí el Resucitado, se decían las gentes al percibir la silueta de Lázaro.

MANUEL ZAVALETA,

Presbítero

Cartago, 2 de noviembre de 1909.



Edificios del Liceo de Costa Rica

Fot. Ruéd.

Causas de la delincuencia infantil

Para „Páginas Ilustradas“

Si el corazón humano se ha abierto á los nobles sentimientos, abandonando aquella rigidez y tiranía que informaba el pensar antiguo, cuando de castigar un delito se trataba; si la especulación científica ha traído el derecho penal á derroteros de bondad y altruismo; tal evolución se ha operado de modo decisivo, á favor de los niños delincuentes, porque se ve en la mayoría de ellos casi la inconsciencia y una como revelación franca de vicios pasados de generaciones anteriores.

Se deben esos progresos, á mi entender, desde que Roeder inició la idea correccionalista. Ella fué la que detuvo á los pensadores á analizar la conciencia criminal del niño antes que todo, porque con ser tan nuevo ese organismo, necesariamente tiene que ser más apropiado para adquirir la perversidad y también para dejarla.

En todas partes del mundo se establecen centros de corrección y de buena enseñanza á esos infelices seres abandonados de la fortuna en el albor de la existencia, y en todas partes también se obtienen altos promedios de éxitos alcanzados.

Para estudiar la génesis de la delincuencia infantil, tendríamos que repetir la ya tantas veces dicha del delito, y ya que Ferris abarcó con su estudio biosociológico de tal fenómeno, todo lo que al respecto pudiera pensarse, lógico es que teniendo por base tales estudios, verdaderos directores del pensar moderno, también nosotros hagamos dentro de nuestro pequeño círculo, una excursión exploradora de las causas que producen nuestros pequeños delincuentes.

Por gran suerte para nosotros es muy

pequeña la estadística que tenemos en tales delincuentes. Yo como Juez he juzgado muy pocos en siete años. He visto pasar una mayoría de *valeros* y conozeo un caso aislado de asesinato, efectuado por un niño de 14 á 15 años, en un viejecito. Este caso es el del verdadero criminal nato, de que nos habla Lombroso; el tipo perfecto de la amoralidad é insensibilidad. Con la mayor sangre fría, ultimó á traición á la víctima y tuvo después el ánimo suficiente para asistir á su entierro. Nunca tuvo una lágrima de arrepentimiento y en la cárcel era el más sereno. Provocamos muchas veces su superstición diciéndole que si no había sentido miedo después del acto ó no se le aparecía el viejo por las noches y siempre nos contestó negativamente y nos aseguraba que le había dado cólera cuando registró el cadáver y no le halló sino tres ó cuatro colones.

Tales casos son aislados como he dicho; pero no debe dejar de preocuparnos el que se haya presentado ya uno, porque indudablemente ello significa que el mal existe y que puede estar ya incubándose en otros seres.

El ambiente nos ha dado ya tal aviso y no debemos de ninguna manera permanecer impasibles ante tales amagos.

La sociedad, en cuyo nombre se administra justicia, debe parar mientes en el asunto y como el confesante descarga su conciencia ante el sacerdote, debe decir ante el mundo sus pecados para obtener la absolución salvadora, verdadera alborada de la regeneración.

Han quedado detrás de nosotros veinte siglos, desde que la palabra de Jesús se dejó oír entre las muchedumbres, regando la semilla del bien, que hizo surgir más tarde los altos ideales de igualdad y fraternidad; de amor y caridad. Sus palabras, símbolos de la perfección, deberán servir-

le al mundo para adquirirla en todos los órdenes de las ideas y de los anhelos.

Aquel socialismo predicado, era el más alto, el más puro; hacía nacer el delirio del entusiasmo y la serenidad del respeto profundo. Esas bases incommovibles y atrayentes, despertaban en el pueblo el ansia de la perfectibilidad, y produjeron frutos soberbios, flores lozanas, sólo sí; que la obra de la civilización (que no entiendo por qué ésta se llamará así—cuando es lo contrario), se ha encargado de borrarlos poco á poco del mundo, aquella silueta dulce y magnánima de Jesús; aquel gesto compasivo de Vicente de Paúl; de secarnos, en este desierto de la vida, aquellos oasis de amor de San Francisco de Asís, en que los corazones renacían por virtud de la palabra de consuelo y á la sombra bienhechora de su ejemplo.

Que es esto verdad, nos lo dice la evolución del pensamiento moderno, que hace formarse los cerebros, olvidando el corazón; que hace jóvenes de atiborrado meollo, que olvidan á sus padres; que hace mujeres artistas, que desechan y combaten el ser madres; que hace jóvenes ilustres sin el concepto del amor ni el aprecio de la mujer.

Se borran aquellas siluetas y con ellas se van los sentimientos generosos de humanidad y buen vivir.

Tales causas, tienen que traer tales efectos.

El dipsómano al epiléptico ó al idiota; el farsante al hipócrita; el enfermo al raquítico.

Y esa degeneración que se opera, hace sus manifestaciones primeras naturalmente, en los niños, verdaderos inocentes, herederos de tendencias malsanas y monstruosidades morales y todo, puesto á la disposición del desenvolvimiento social futuro.

¿Cómo se corrige esto? Esa es la pre-

gunta diaria que se exige. Quién, culpa la situación económica que hace hundirse en el abismo del vicio; quién, á la propia naturaleza humana, incapaz de luchar contra tales asechanzas; quién, á los sistemas pedagógicos que olvidan la formación del sentimiento por preocuparse del conocimiento científico. Pero la verdad del caso es que el mal está en los únicos directores naturales del niño, en los únicos obligados á llevarlo al bien, con el ejemplo: en los padres de familia, que olvidan su misión para entregar del todo sus hijos á los maestros, que si es verdad que por el hecho de serlo, deben personificar la honradez completa, no por eso hay que olvidar tampoco que son los primeros años,—los que se pasan propiamente al calor del hogar antes de entrar á la escuela,—los que se deben aprovechar para salvar del naufragio mundial, toda una personalidad del mañana; que son las primeras palabras de la madre, las que se escuchan con más atención é imprimen direcciones á nuestra actividad.

Esa negligencia de los padres es más criminal, que los actos que sus hijos pueden cometer más tarde.

El maestro es un escultor de inteligencias; pero no es el padre de todos sus discípulos.

¡Si se borra la silueta de Jesús, quedamos en la sombra!

LUIS CASTRO S.

LOS NIÑOS DEL DÍA

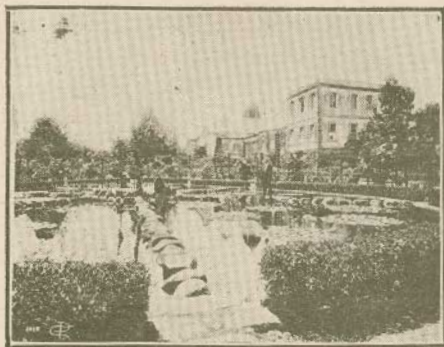
—¿Todos los ángeles tienen alas?—
pregunta un niño á su mamá.

—Todos.

—¿Pues volarán?

—Claro está que vuelan.

—Entonces, volará nuestra criada, porque papá le dice que es un ángel.



En los Jardines del Asilo Chapui Fot. Eude

Apuntes

Para los distinguidos lingüistas
don Roberto Brenes Mesén y
don Carlos Gagini.

En „Páginas Ilustradas“

I

El idioma es la vía de comunicación de las ideas. Responde y se adapta á las necesidades de todos los asociados y es, por tanto, vehículo común de sus pensamientos y emociones.

De esto se desprende que no es propiedad exclusiva de los *hombres sabidores*, sino que constituye una legítima propiedad universal.

Los idiomas no son un lujo caprichoso sino la expresión de una necesidad.

Colocado el hombre en un peldaño de la escala zoológica, es indiscutible que se encuentre sometido á todas las leyes biológicas que rigen al animal.

Así como el escarabajo va poco á poco adquiriendo una lujosa cornamenta mediante la selección, el hombre va agregando corbatas, calzado, sombrero y otros tantos aderezos á su vestido. Muévelos

siempre el instinto de atraer á la hembra.

Como un instinto natural también, siente la necesidad de luchar y defenderse y para adquirir mayores posibilidades de victoria opta por asociarse.

Esé es el fundamento racional de la sociedad: el egoísmo.

Una vez asociado nacen para él una cantidad de necesidades que debe satisfacer. Necesita que le ayuden en sus trabajos, que lo defiendan, quiere expresar sus ideas y sus sentimientos, comunicar sus penas, sus alegrías, sus temores.

Observa entonces que es posible hacerse entender por medio de movimientos más ó menos inteligentes y constituye un verdadero lenguaje mímico.

La insuficiencia de éste le hace notar después que es capaz de emitir sonidos, que posee un delicado aparato fonador, entonces lanza gritos, los combina, los modifica, y se arregla un lenguaje fonético.

Por último, concluye por hacer dibujos de objetos en el suelo ó en las cortezas de los árboles y echa así las bases de un lenguaje gráfico.

¿Fué el lenguaje mímico el más rudimentario? Es muy posible.

Los niños es el primero que comprenden cuando sus familiares comienzan á llamarlos, acariciarlos ó reprenderlos; los animales nos comprenden también de igual modo.

¿Qué desarrollo ha tenido este lenguaje? Es fácil asegurar que un desenvolvimiento prodigioso.

Los gestos que hace un salvaje ó una persona vulgar, son mucho más rudimentarios que los que hace una persona culta.

Una cantidad de pequeñas emociones se escapa á un sentimiento poco cultivado y sus músculos faciales no están listos para percibir gran número de impresiones insignificantes. El hombre culto que tiene adiestrados sus músculos y hábil su red nerviosa percibe con mayor intensidad esos pequeños toques emotivos.

A medida que avanzamos en la pendiente de la cultura intelectual, la intensidad de las sensaciones va aumentando, las impresiones van creciendo en claridad y por ende nuestros gestos van adquiriendo un desarrollo considerable.

Las personas de alguna cultura no necesitan decirnos si una música les produce tristeza ó alegría, si una persona les es simpática ó antipática; sus labios flojos ó apretados, la chispa viva ó apagada de su pupila, la frente tersa ó plegada, la proximidad ó alejamiento de las cejas, todas esas actitudes son un libro abierto de impresiones.

El lenguaje mímico debe haber sido la piedra angular del edificio de las comunicaciones sociales, como lo prueba el lenguaje animal.

No podemos asegurar lisa y llanamente, como hasta hace pocos años, que el lenguaje animal se reduce á movimientos acompañados de gritos emotivos, porque aunque vayamos á paso de tortuga, ya hay motivos para sospechar un lenguaje desconocido para nosotros pero bien desarrollado.

Sin embargo, es lo cierto que un perro, por ejemplo, expresa todos sus pensamientos é impresiones por medio de sus ojos, su cola, sus orejas, etc.

¿Pero este lenguaje base llegará á ser lenguaje cima? Así lo creemos.

Aunque la comparación no sea exacta, hemos visto á la semilla pasar por una serie de transformaciones para volver á convertirse en semilla; el protoplasma evoluciona, se modifica y sigue un proceso prolongado para engendrar un nuevo protoplasma.

Esa idea evolutiva la tenemos con respecto al idicma. No creemos en la desaparición del lenguaje fonético porque el juicio no es siempre un motivo anímico, pero sí creemos que el desarrollo de los órganos sensoriales permitirá decir casi todas nuestras emociones y sentimientos sin una palabra.

II

¿De qué manera el lenguaje mímico originó el fonético? — Ha sido y sigue siendo un problema para cuya solución huelgan hipótesis.

Algunos creen ver la fuente en la onomatopeya. A primera vista esto es admisible: el hombre es esencialmente imitador y bien pudo ser ese instinto el que lo llevara á hablar. Las observaciones sobre el lenguaje de los niños nos darán otra prueba: comienza por llamar «*guau guau*» al perro, «*miau*» al gato, «*pii pii*» al tren; imita el chasquido con que alentamos al caballo, para llamar á su caballo de madera, etc.

Sin embargo, esta hipótesis no resiste el análisis hondo.

Si el fundamento del lenguaje fonético estuviera en la onomatopeya, el número de palabras sería muy reducido y las raíces muy confusas.

Y si aceptamos la onomatopeya como fuente, ¿cómo se formaron los nombres

de los peces, por ejemplo, que son incapaces de producir ruido alguno? ¿Cómo se originó el nombre de las plantas y de las cosas?

Otra refutación muy justa es que casi todas las voces onomatopéyicas son bisilábicas: piapia, murmullo (l=r) ronrón, cacarear, ceceo, frufrrú, etc., y los estudios etimológicos están demostrando que el monosilabismo radical es indiscutible.

Se nota también que las voces onomatopéyicas son las menos expuestas á cambios y se conservan á través de las lenguas con bastante puridad; siendo esto cierto como lo es, podríamos buscar la onomatopeya en estas voces, por ejemplo: *taurus*, *apícula*, *lupus*, *elephas*, *cuniculo*, etc., y esa onomatopeya no se ve por ningún lado. El inglés no lo tiene tampoco: *Bull*, *bee*, *wolf*, *elephant*, *rabbit*; el francés tampoco: *taureau*, *abeille*, *loup*, *elephant*, *lapin*.

Si buscamos los orígenes más antiguos, tampoco nos da resultado la investigación. Por ejemplo, de *taurus* llegaríamos á la raíz *tur*, (el fuerte) que no tiene relación con el sonido *mmú* onomatopéyico, (en la palabra *buey* sí puede sospecharse: *bos*, *bo*.)

De *apícula* llegaríamos á *apes*, *ap-em* que no tiene que ver nada con el ruido particular de la abeja, etc.

Hay otra hipótesis más lógica y que resultó más seria ante el análisis; ella es la de Max Müller que supone la emisión de gritos emotivos y la formación de voces por asociación con esos gritos.

Lo primero es, pues, el agente psicológico: el grito de sorpresa, de asco, de simpatía, etc., que nos arranca el objeto, luego viene el agente ideológico: la comparación, la asociación.

Supongamos que un hombre primitivo lanza al agua una piedra y grita «*jup!*» (voz emotiva). Otro y otro repiten el ejercicio y lanzan el grito ya instintivamen-

te, ya imitando, ¿no acabará aquel *up* por significar piedra?

Es cuestión de lógica. La emisión del grito es natural, la asociación lo es también. Ambas cosas se observan en la vida animal.

Las gallinas que han visto á la criada bajar su cesta de un clavo, salir con ella y volver á entrar después de llenarla de maíz, asocian los fenómenos y luego al verla tomar la cesta, se agrupan á la puerta y la esperan con alegría.

Si alguien sacude una caja de fósforos, se acercan y lo rodean, han asociado el ruido particular del maíz que imita nuestra caja.

El niño llama *pi* al primer flautín que oye sonar y luego da ese nombre á cualquier objeto que suene, que suponga sonoro ó que se parezca al flautín.

No siempre los gritos del niño son onomatopéyicos, á veces inventa y su nombre no tiene relación con nada, es el grito emotivo.

Esta teoría sí está acorde en un todo con el monosilabismo radical.

La formación del polisílabo se opera después, es una amalgama de ideas, una cementación de raíces.

Si llamó *up* á la piedra y luego al dispararla al aire lanza este grito «*jsa!*» podrá llamar *upsa* á la flecha. La cementación es clara.

LUIS DOBLES SEGREDA

El día de la Patria

(En el Instituto Nacional de Panamá)

A las tres p. m., la banda, ejecutando magistralmente el Himno Nacional, saludó en la puerta del Instituto Nacional de Panamá, al señor Presidente de la República, quien, en compañía de su distinguida señora y familia, acudió á compartir con los alumnos y profesores el justo re-

gocijo que experimentan los hijos de una Patria libre, grande y feliz, al conmemorar el día de su Independencia.

Luego, en el Salón de Honor, se reunieron con los señores Secretarios de Estado, el señor Gobernador, el señor Alcalde de la ciudad y varios empleados prominentes y distinguidas personalidades, entre las cuales estaban el Doctor don Pablo Arosemena, eminente patricio, el Doctor don Eusebio A. Morales, incansable propagador de la enseñanza popular, el Doctor don Carlos A. Mendoza, Administrador probo y pundonoroso de la Hacienda Pública, y el señor don José E. Lefevre, actual Secretario de Fomento.

Principiado el acto, hicieron uso de la palabra el señor Rector del Instituto, don Justo A. Falcó, cuyo oportuno discurso conmovió hondamente a los alumnos y a la concurrencia; los alumnos don Pablo C. Arosemena, que fué muy aplaudido, y don Ricardo de la Ossa.

El señor Presidente, en pocas, pero sinceras y elocuentes palabras, manifestó una vez más su simpatía por el Instituto, en cuyos alumnos, según les dijo cuando pasaron frente a su casa, el 3 de noviembre, «Tiene la Patria cifradas sus esperanzas».

A continuación, en marcha ordenada y triunfal, desfiló la Escuela Anexa, cuyos maestros manifestaban la satisfacción del deber cumplido; y tras ellos, arrogantes y dispuestos a dar la vida por la Patria, seguían los alumnos del Ciclo Inferior, animados por la hermosa y cadenciosa marcha que los músicos de la Orquesta artísticamente ejecutaban.

Después de un abundante brindis de dulces y helados, en medio de la mayor cordialidad, terminó el acto y se retiró la comitiva, coronando tan hermosa fiesta la ejecución, por la citada Orquesta, del patriótico y sentimental Himno Nacional, cuyas notas parecen imitar a Ricardo Miró, cuando, refiriéndose a Panamá, dice:

«Oh, Patria tan pequeña que cabes toda entera
Debajo de nuestro pabellón.

¡Quizás fuiste tan chica para que yo pudiera
Llévarte toda entera dentro del corazón!»

Voces sinceras

He aquí unas flores rociadas de sinceridad, las cuales han llegado en són de homenaje a nuestro colaborador don Lisímaco Chavarría:

Betlehem, 24 de octubre de 1909.

SEÑOR LISÍMACO CHAVARRÍA

Amigo apreciable:

He tenido el gusto de saber que fué usted quien obtuvo el gran triunfo en los *Juegos Florales* de Costa Rica.

Debe recordar cuántas veces le profeticé, antes de verificarse el concurso, que usted obtendría la codiciada *Flor Natural*. Aquí, lejos de la patria, del hogar y de los amigos, sin la influencia del medio ambiente, he sentido gran regocijo por sus bien merecidos triunfos, producto de una labor ardua y constante en la lucha por el ideal y por el arte. Se ganó «la carrera del intelecto» como usted con tanta gracia llama a esos torneos en donde se premia al que más alto levante el sentimiento, al que hace vibrar más dulcemente los coraciones con la música de la palabra.

Reciba mis parabienes que valen bien poco y regocíjese al ver derrotados y en fuga, al toque de su clarín sonoro, a todos aquellos que, poseídos de envidia, lanzaban dardos envenenados contra el dulce y sentido poeta que bajó de la montaña.

Aquí hay muchos latinos que conocen varias de sus poesías, las cuales han aparecido en revistas extranjeras; los mismos desean conocer su obra *Desde los Andes*; envíemela, pues.

Su amigo que desea verlo en las cumbres de la fama, de espaldas hacia lo pasado y de frente desafiando lo porvenir,

FRANCISCO CASTRO GAMBOA

ERASMO

Estados Unidos de Norte América.